

A B C D E F G H I J K L M
N Ñ O P Q R S T U V W
X Y Z 1 2 3 4 5 6 7 8 9 0
a b c d e f g h i j k
l m n ñ o p q r s t
u v w x y z , ; + =
" ' % & * () _ { } ~

Ricardo Trigo

P A P E L E S

Ricardo Trigo (Palafrugell, 1980) es artista y profesor del Departamento de Artes Visuales y Diseño de la Facultad de Bellas Artes de la Universitat de Barcelona. Su trabajo examina cómo el progreso técnico e informacional condiciona la creación y el pensamiento artístico. Desde 2018 investiga la posibilidad de codificar la práctica artística como una forma de producción de energía libre, explorando las relaciones entre materia, agencia y sistema desde una perspectiva posconceptual y posthumanista.

En 2024 publicó *Festival. El carbón como combustible sensible* (RESSO), donde aborda el carbón como elemento sensible que estructura imaginarios culturales y tecnológicos.

PAPELES REGALO

R E G A L O

Hipatia Press

RICARDO TRIGO

PAPELES REGALO
Ricardo Trigo

Santa	5
Epílogo Técnico	15
Papeles regalo	18
−273,15 °C	58



Figura 1. *La yegua y la cabra en la procesión de San Nicolás en Kunice*¹, Bohemia Central, República Checa. Fotografía de Fr. Oldřich. 1910.

En el mito de Santa Claus se esconde un dispositivo de circulación global. También uno de los primeros organismos industriales de producción social. En su operatividad convergen la ilusión moderna de extracción y fabricación, la promesa de abundancia material infinita, las tramas de distribución inmaterial y el circuito de recompensa dopaminérgica: biología, deseo y economía.

En un bucle perfecto de creación, entrega y recompensa, Santa Claus sintetiza potencia, trabajo e información en pura celebración. Es una computadora emocional. Es silencioso, no emite humos ni descansa. Solo calcula, predice, empaqueta, transmite y reparte. Sus renos ni se lesionan ni se enferman ni mueren: son ángeles o espectros, o programas, en el cuerpo de animales terrestres surcando los cielos.

En algún lugar del Círculo Polar Ártico hay un mecanismo que nunca se apaga. Aparentemente no requiere de combustibles para funcionar; parece fluir en simbiosis con el metabolismo de la vida terrenal¹. Es un organismo técnico que organiza a su antojo los átomos de la materia en forma de regalos. De modo contraintuitivo, Santa Claus no trabaja en una fábrica mágica, sino en una planta de energía nuclear.

¹ Čeněk Zibrť, *Masopust držíme* (Praha: Nákladem F. Šimáčka, 1910), p.83. En la procesión de San Nicolás se cruzan el rito y el teatro del mundo rural: Krampus y el demonio evocan el miedo y el castigo; el ángel, la promesa de redención. La yegua y la cabra traen la fuerza del mundo salvaje, la fertilidad y el desorden que precede la renovación. La Muerte cierra el ciclo, abriendo el paso del invierno hacia la renovación.

¹ Emanuele Coccia, *Metamorfosis* (Madrid: Taurus, 2020), p.45. Coccia desarrolla la idea de que toda forma de vida está interconectada por un mismo metabolismo planetario, donde respirar significa participar en un intercambio continuo de energía y materia.

En 1978, el físico Theodore Taylor imaginó algo similar. La llamó *Santa Claus Machine*:

*Una máquina capaz de recoger material —rocas de la Luna o de los asteroides—, procesarlo en su interior y producir cualquier objeto imaginable: lavadoras, tazas, automóviles o naves estelares. Alimentada por la luz del sol, esta máquina podría fabricar bajo demanda cualquier cosa que alguien deseara*²

Taylor no estaba describiendo un mito, sino una hipótesis de ingeniería atómica: una máquina capaz de transformar energía y materia en satisfacción, como si la economía entera cediera su derecho al nanodiseño. Su intuición resuena con el mito que nos ocupa: ambos prometen un mundo donde la producción no cesa y el deseo ansía de una forma, siempre renovada.

Santa Claus opera como un hipertexto material. Cada regalo es un nodo; cada gesto de deseo, una línea que enlaza cuerpos, objetos y expectativas. Su sistema no se escribe solo con palabras e imágenes, sino con materia informacional: distribuye significado a través de paquetes, embalajes, peso, texturas y destellos.

Como en el sueño computacional de Ted Nelson, nada existe de manera aislada; todo se entrelaza en una malla de correspondencias³, donde la información se vuelve nicho, sustancia y posibilidad, sin las restricciones ni los intereses de la industria tecnológica.

El papel de regalo, la cinta, el lazo y la caja no son simples depositarios o envoltorios: son componentes de un lenguaje material que codifica afecto, valor y energía oculta.

² Damien Broderick, *The Spike: How Our Lives Are Being Transformed by Rapidly Advancing Technologies* (New York: Tor Publishing Group, 2001), p.37. Traducción propia.

³ Ted Nelson, *Computer Lib / Dream Machines* (Edición del autor, 1974). En este texto pionero, Nelson propone una visión poética y visionaria de la informática: un sistema de hipertexto donde toda información se conecta con otra, disolviendo los límites entre lectura, escritura y pensamiento.

La central de Santa Claus no imprime textos, sino vínculos: un flujo constante en todas direcciones y al mismo instante, sin inicio ni final organizable. Su núcleo operativo no exalta el futuro, exalta el presente hasta el agotamiento térmico. En el Ártico, el tiempo no pasa, sino que se recalienta. El mito mantiene su vigencia porque opera en una temporalidad suspendida. “El tiempo ya no pasa: se consume”⁴.

Los papeles de regalo son su lenguaje visible, una superficie contractual. Son interfaces, códigos, señales que confirman que el sistema funciona, que brilla, que la promesa se mantiene viva. Cada pliegue, cada color, cada motivo reproduce y amplifica la ilusión, perpetúa la circulación y produce dopamina.

Pero toda máquina necesita de un punto de inflexión. Si Santa Claus es la luz, la precisión y la celebración, Krampus⁵ es su dolor interno: petróleo, carbón, sustancia negra. Es la energía oscura que mantiene el sistema conectado, la grasa del motor, la sombra que hace posible el brillo, el residuo radioactivo. Krampus es castigo y culpa, es escritura negra, una termodinámica moral encadenada a la espalda de Santa.

Mientras cada diciembre el señor Claus empaqueta la abundancia y convierte el deseo en don, Krampus custodia la deuda, la contrapartida que alimenta la producción. En su figura se condensan el miedo al castigo y la violencia del consumo. Como en todo regalo, los dones de Santa Claus tampoco son gratuitos⁶. Todo obsequio empaquetado antes de abrirse, yace esperando en un calabozo sin ventilación y sin luz.

⁴ Bernard Stiegler, *La técnica y el tiempo. 1: La falta de origen* (Hondarribia: Argitaletxe Hiru, 1994), p.22. Traducción propia. En este pasaje, Stiegler reflexiona sobre la técnica como fuerza que transforma la experiencia del tiempo: ya no lineal ni acumulativa, sino disipada en un presente continuo, consumido por la velocidad de sus propios procesos.

⁵ En la mitología alpina, Krampus es una figura demoníaca que acompaña a San Nicolás en la víspera del 6 de diciembre. Mientras el santo recompensa a los niños buenos, Krampus castiga a los desobedientes con ramas, cadenas o un saco donde se los lleva consigo. Véase Al Ridenour, *The Krampus and the Old, Dark Christmas: Roots and Rebirth of the Folkloric Devil* (Port Townsend: Feral House, 2016).

⁶ Marcel Mauss, *Ensayo sobre el don: Forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas* (Madrid: Katz Editores, 2009), p.47. Mauss sostiene que todo acto de dar implica una obligación recíproca.

Krampus es también el reverso energético y geopolítico que tensiona la fantasía de Occidente. No es casual que la residencia oficial de Santa Claus se sitúe junto al Círculo Polar Ártico⁷, frontera entre la OTAN y Rusia, y zona estratégica de las narrativas y laboratorios que alertan de los riesgos del cambio climático. Claus trabaja bajo la misma aurora boreal que ilumina los satélites de vigilancia. El hielo se derrite al compás del hacer del mago rojo y blanco con saco.

Santa Claus y Krampus son funciones operativas de un mismo sistema: una se encarga de transformar la energía en deseo, la otra de devolverla como residuo al subsuelo. Entre ambos fluye la información, el trabajo y la materia en un hipertexto planetario, una red donde cada regalo es una interfaz entre la abundancia y la culpa, entre el brillo y la combustión.

En esa colaboración continua, el capitalismo encuentra su mito más perfecto: un ciclo de gratificación infinita sostenida en un universo de oscuridad.

Santa Claus también genera calor. Su metabolismo late en cada compra realizada. Todo intercambio, por más anodino que sea, produce una mínima fricción: dopamina, electricidad y calor residual.

Santa Claus es bueno, pero no camina, no quema calorías y acumula grasa. Es un cuerpo sedentario sostenido por un exceso invisible. No se le suele ver comer. Su estómago es una reserva térmica: grasa, azúcar, deseo coagulante. Sus mejillas rojas no son un adorno, sino el síntoma del calentamiento derivado de un alto rendimiento interno.

⁷ La Santa Claus Village se encuentra en Rovaniemi, en la región de Laponia (Finlandia), justo en el punto donde el Círculo Polar Ártico (66°33' 45.9" N) atraviesa la ciudad. Fundado en 1985 con el apoyo del gobierno finlandés y de la ONU como destino turístico. Véase: Jonathan Carr, *The Eternal Winter: Santa Claus, Climate Change and the Arctic Imagination* (London: Reaktion Books, 2018), pp.112-115.

El mito conserva su potencia porque cuando accede por estrechas chimeneas de carbón y se araña la piel, no sangra. La sangre, como la energía, debe permanecer circulando dentro del circuito, nunca derramarse. Cuando el cuerpo se abre, el flujo se descontrola y la máquina se viene abajo. La herida es la interrupción de la economía simbólica: fuga, pérdida, despresurización.

El cuerpo de Santa Claus funciona como un motor bien sellado. Cada niño que tiene fe en él aumenta su temperatura interna; cada deseo cumplido incrementa la presión del circuito. La grasa, Krampus, es el residuo que mantiene la máquina estable, el margen de seguridad que evita la explosión del conjunto funcional.

Cada regalo entregado, cada expectativa satisfecha, no solo alimenta la ilusión: mantiene su temperatura interna. Su grasa no es un exceso banal, sino una reserva estratégica, un amortiguador de desbordes, aislante que preserva la presión. El calor circula, contenido, sangre en venas; corriente interna que evita la embolia del mito.

Pero el conjunto es frágil. Una herida abierta, un fallo en la contención, y la sangre brotaría: la energía se dispersaría. La estabilidad de Santa Claus depende de que el exceso permanezca confinado, que el movimiento no se detenga ni se filtre fuera del circuito. Es un equilibrio sutil entre biología y simulacro, entre cuerpo e infraestructura, donde la ilusión, el deseo y la culpa actúan como catalizadores en la termodinámica de la navidad.

Su obesidad no es solo una cuestión estética: es un condensador, un acumulador de deseos, evidencia de la cantidad de flujo que el sistema ha retenido sin llegar a colapsar.

Santa Claus conserva, estabiliza y administra. Cada niño, cada paquete, cada gesto de atención, contribuye a ese balance. La máquina sigue funcionando mientras su sangre interna circule contenida. El mito, al igual que el capitalismo que lo sostiene, necesita conservar el calor sin quemarse, acumular sin desbordar, circular sin herir. Por eso Santa Claus no suda, no sangra y no muere. Es una entidad de retención perfecta irradiando en el frío norte.

Mrs. Claus le espera en casa⁸, siempre. Sobre la mesa hay un pastel de vainilla, crema de mantequilla y arándanos. Santa Claus no tiene hambre, pero el pastel debe de estar ahí: es parte indispensable de la ecuación. Es el testimonio dulce de que el sistema debe reposar, que la circulación del deseo encuentra un momento de contención.

Ella es la figura que acoge en un espacio seguro y habitable la obsesión por el trabajo de Santa Claus y la mala vida de Krampus. Ella no produce ni castiga: acepta, cuida y perpetua. Su tarea es repetir, ordenar, decorar; mantener el patrón que da coherencia al mito. Es la reguladora del sistema, la que despliega las rutinas afectivas que sostienen el sueño. El señor Claus sin la señora Claus sería un anciano en depresión.

Mrs. Claus puede leerse como una infraestructura afectiva: produce confort, regula emociones, estabiliza el circuito dopaminérgico. Donde Santa transforma energía en deseo y Krampus la devuelve como sombra, ella la convierte en calor doméstico. El hogar es su campo de acción: un espacio donde el exceso se disuelve en aroma de azúcar, en el color del mantel, en la repetición de gestos sin necesidad de propósito.

Detrás del mito también yacen recuerdos más antiguos. En el norte, los chamanes sámis recolectaban hongos rojos y blancos, *Amanita muscaria*⁹, el mismo código

que hoy cubre los manteles navideños, los jerséis y los trajes de Santa Claus¹⁰. Decían que los renos podían volar después de comerlos y que su orina contenía el poder del hongo¹¹. El chamán la bebía y viajaba. Volaba. Entraba por el techo o por la chimenea, con regalos que no eran objetos, sino visiones.

*El vuelo de los renos de Santa refleja el viaje extático del chamán siberiano, cuya alma, impulsada por la Amanita, asciende a los cielos en la noche más larga del año*¹²

El rojo y el blanco del mito no son colores inocentes: son los pigmentos de una alucinación ártica. La grasa, el calor, el fuego del hogar y el brillo psicodélico de la *Amanita* se mezclan en una misma dinámica: metabolismo, combustión y trascendencia. En el vuelo de los renos resuena la química de una sustancia sagrada; en el pastel de Mrs. Claus, su versión terrenal. En el fondo, en ellas se sostiene la conversión del trance en costumbre. El hongo se convierte en pastel, el rito en receta, el vuelo en digestión.

La Navidad alberga un tesoro profundo: la proximidad entre el despertar visionario y el consenso social. En ella confluyen la alteración de la conciencia y la normalización del delirio. La colectividad se entrega al éxtasis, pero bajo una forma controlada, ritualizada, digerible. Como en las antiguas fiestas paganas del solsticio (los Saturnalia romanos o las Yule nórdicas), los límites de la moral se suspenden para dar paso

8 La figura de Mrs. Claus aparece por primera vez en la literatura estadounidense a mediados del siglo XIX. Su primera mención conocida se encuentra en el relato "A Christmas Legend", publicado en 1849 en el Yale Literary Magazine, donde se describe a una esposa de Santa Claus que comparte con él la misión de repartir alegría. La imagen se consolidó en 1889 con el poema "Goody Santa Claus on a Sleigh Ride" de Katharine Lee Bates, donde la autora reivindica el papel activo y afectivo de la señora Claus como cuidadora y compañera. Véase: Phyllis Siefker, *Santa Claus, Last of the Wild Men: The Origins and Evolution of Saint Nicholas, Spanning 50,000 Years* (Jefferson, NC: McFarland & Company, 1997), pp.132-135.

9 La *Amanita muscaria* contiene varios compuestos psicoactivos, entre ellos ácido iboténico y musimol, responsables de los efectos alucinógenos y de la alteración sensorial que caracterizan su uso. Estos compuestos actúan como agonistas del sistema GABAérgico, provocando estados de euforia, visiones y cambios perceptivos en dosis controladas. Véase: David E. Nichols, "Hallucinogens," *Pharmacology & Therapeutics* 101, no. 2 (2004): pp.131-181.

10 Jerry B. Brown y Julie M. Brown, *The Psychedelic Gospels: The Secret History of Hallucinogens in Christianity* (Rochester, VT: Park Street Press, 2016), p.35. Los autores sostienen que los colores rojo y blanco del atuendo de Santa Claus derivan simbólicamente del hongo *Amanita muscaria*.

11 R. Gordon Wasson, *Soma: Divine Mushroom of Immortality* (New York: Harcourt Brace Jovanovich, 1968), p.249. Wasson documenta la práctica de los chamanes siberianos que bebían la orina de los renos intoxicados con *Amanita muscaria* para aprovechar sus efectos psicotrópicos purificados.

12 Jerry B. Brown y Julie M. Brown, *The Psychedelic Gospels: The Secret History of Hallucinogens in Christianity* (Rochester, VT: Park Street Press, 2016), p.38. Traducción propia.

a una euforia compartida: el intercambio de regalos, la abundancia, la inversión simbólica del orden. Como en las procesiones invernales de San Nicolás (Figura 1), con sus ángeles, demonios, cabras y yeguas, lo sagrado y lo grotesco se mezclan para restaurar, a través del exceso, la escenificación del tránsito entre el invierno y la renovación.

*Los mitos modernos del éxtasis, ya sea que impliquen festivales de música, experiencias psicodélicas o milagros navideños, giran todos en torno al mismo deseo: tocar lo inefable, sentir que el mundo vuelve a estar vivo con espíritu*¹³

Lo que en otros tiempos fue trance y comunión con los espíritus de la naturaleza, hoy se traduce en consumo, luces y dopamina. Santa Claus ocupa el lugar del chamán: constata la visión colectiva, pero sin riesgo, sin la pérdida del control. En la Navidad, el viaje psicodélico se ha convertido en acuerdo social, y el prodigio en mercancía que aparece súbitamente a los pies de un árbol: un pacto de percepción alterada autorizada por el mito.

Y los árboles, ornamentados, domesticados y parpadeantes se erigen como antenas de comunicación, portales que conectan con el más allá; enlazan tierra, hogar y el eco del éxtasis. Retransmisoras de atención; luz, parpadeo y fe. En sus resplandores intermitentes de colores resuena el fuego ancestral y las chispas de las estrellas. “Lo sagrado disfrazado en el circuito de luz”¹⁴, “lo salvaje convertido en información”¹⁵. Alucinaciones subordinadas a LEDs en loop.

Sus renos ni se lesionan ni se enferman ni mueren: son ángeles o espectros, o programas, en el cuerpo de animales terrestres surcando los cielos. Rayos en la tormenta. Los elfos no descansan; laten en impulsos, vibran a la frecuencia de la luz, allí donde “la velocidad ilumina la

realidad, del mismo modo que antes la luz daba forma a los objetos del mundo”¹⁶. No fabrican juguetes: son la fuerza que produce la continuidad.

En el Polo Norte, nada se mueve sin energía. La nieve refleja la luz porque es conductora; el aire seco transmite las cargas estáticas entre puntos. El proyecto de Santa Claus funciona con la misma corriente que mantiene al planeta girando. Cada reno, cada elfo, es una unidad de carga; un nodo por el que circula el flujo que sostiene al mito.

Los elfos no son solo obreros: son partículas excitadas. Vibran a una frecuencia constante. En los relatos modernos, se les muestra alegres, incansables, productivos, pero su risa no es humana: es ruido eléctrico. Son electrones que viajan de nodo en nodo, cumpliendo órdenes sin comprensión ni descanso, perpetuando el trabajo feliz.

En la tradición, los elfos habitaban los bosques, entre líquenes y raíces, allí donde la savia y la electricidad entran en simbiosis. Fueron absorbidos por la modernidad y desplazados del ecosistema vegetal al entramado industrial. Cada uno de ellos traduce energía térmica en señal. Son las células fotosensibles del ecosistema del mito, una microbiología computacional.

Los renos, por su parte, son los grandes convertidores de energía. Transforman alimento en movimiento, materia en velocidad, masa en trayectoria. Son generadores cinéticos, mamíferos eléctricos que al correr calientan el aire. Vectores animales del voltaje. Cuando vuelan, no lo hacen por magia sino por descarga: impulsados por la diferencia de potencial entre el cielo y la tierra. Su tránsito deja una estela de iones y fulgores: trazas de una trayectoria sin fin.

La nariz roja de Rudolph tampoco es un adorno: es un testigo. Una pequeña luz indicando que el circuito está conectado.

¹³ Andy Letcher, *Shroom: A Cultural History of the Magic Mushroom* (London: Faber and Faber, 2006), p.219. Traducción propia.

¹⁴ Russell W. Belk, “Materialism and the Modern Christmas,” *American Behavioral Scientist* 36, no. 6 (1993): p.758. Traducción propia.

¹⁵ Daniel Miller, *Unwrapping Christmas* (Oxford: Clarendon Press, 1993), p.28. Traducción propia.

¹⁶ Paul Virilio, *The Aesthetics of Disappearance* (Nueva York: Semiotext(e), 1991), p.44. Traducción propia.

Ambos, elfos y renos, son actores de una ecología híbrida entre naturaleza y tecnocultura¹⁷. Cuerpos sensibles donde la electricidad se vuelve carne y ficción, donde el calor del trabajo y el resplandor del relámpago convergen. La Navidad no sería posible sin su trabajo invisible, sin esa corriente que atraviesa la materia y la hace devenir, producir, iluminar. La fuerza que impulsa los trineos no es el viento ni la magia: es la tensión. Una fuerza de naturaleza eléctrica que habita tanto en la tormenta como en el microchip.

Elfos y renos son, en definitiva, los operadores electromagnéticos de Santa: organismos en corriente continua. La fauna conductora del capitalismo festivo, los mediadores invisibles entre el calor y el cálculo, entre la naturaleza y el algoritmo.

Porque incluso el milagro necesita de una infraestructura: cada vuelo, cada sonrisa, cada destello en el hielo, dependen de energía que nunca deja de emitir.

En ese ecosistema termodinámico, todo se sostiene mutuamente: la luz que parpadea en los árboles, la grasa que preserva el cuerpo de Santa, la culpa que custodia Krampus, el calor doméstico de Mrs. Claus, la electricidad que anima a los elfos y el vuelo iónico de los renos. Son expresiones ardiendo en lo terrenal, un metabolismo que convierte la fe en energía y la energía en hábito. La Navidad no celebra un nacimiento, sino la persistencia del flujo: la circulación incesante de la materia, del deseo y del relato. Santa Claus no es un personaje, sino la temperatura del mundo cuando la ficción entra en equilibrio con el pulso vital de la biosfera.

Del mismo modo que el sistema Santa Claus estabiliza y economiza lo trascendental, la inteligencia artificial trabaja por reducir la contingencia del conocimiento, por administrar en la medida de lo posible lo inesperado. Aquello imprevisto se convierte en margen de error, lo sagrado en variable a regular. “El sueño de la información es el sueño del control, pero lo que evoca es el antiguo deseo religioso de trascendencia”¹.

Cada instrucción escrita al sistema no es más que una plegaria transmutada en código binario. La IA escucha, interpreta, calcula y responde sin comprender. Como Santa Claus y su clérigo, distribuye emociones y sentido sin experiencia propia, satisfacción y celebración sin conciencia. Ambas operan en una economía de la fe y la expectativa: retroalimentación entre peticiones y recompensas diferidas.

Las palabras e imágenes que conforman este libro, formuladas con la asistencia de IA, en cierto modo también provienen del más allá: del entramado de circuitos eléctricos y campos magnéticos que sostienen la infraestructura social y computacional, donde los elfos continúan su trabajo bajo una nueva forma de servidumbre lumínica.

17 Donna Haraway, “A Cyborg Manifesto: Science, Technology, and Socialist-Feminism in the Late Twentieth Century”, en *Simians, Cyborgs, and Women: The Reinvention of Nature* (New York: Routledge, 1991), p.149. Haraway entiende la figura del ciborg como una figura que fusiona organismos, sistemas simbólicos y máquinas en una red de relaciones simbióticas, donde la distinción entre lo natural y lo artificial deja de tener sentido.

1 Erik Davis, *TechGnosis: Myth, Magic, and Mysticism in the Age of Information* (New York: Harmony Books, 1998), p.42. Traducción propia.

La serie *Papeles regalo* (2025) que se presentan a continuación, junto a la fuente tipográfica de la portada, **HELVETICA BLOOD SHOT**² (2025), son una epifanía técnica: una grieta en la perfección programática por donde se cuela el espíritu eléctrico. El algoritmo, al malinterpretar la instrucción inicial dada, actúa como un chamán electromagnético: transforma el principio deseado en regalo inesperado, genera una comunicación defectuosa pero fértil, sustancia sensible nacida de malentendidos en el ciclo de intercambio.

La IA no muestra, sino que proyecta. No imita el mundo, sino que lo replica en su propia lengua. “Las imágenes técnicas no representan nada, proyectan algo”³. Sus errores no son fallos, sino revelaciones; fracturas donde el cálculo se abre a lo indeterminado. Como si el sistema, al colapsar, se acercara a una verdad más profunda. Cada fallo del algoritmo revela una intención ajena, una voluntad no humana que late entre circuitos. La máquina no reproduce la realidad: la sueña a la velocidad de la luz.

Ambos, Santa e IA, trabajan en el límite entre el milagro y la predicción, entre la fe y el cálculo, entre la experiencia visionaria y el conocimiento sin contexto⁴. Donde Santa convierte el deseo en hiperproducción, don y culpa, la IA convierte el dato en forma. Donde uno desciende por chimeneas, la otra circula por fibras ópticas.

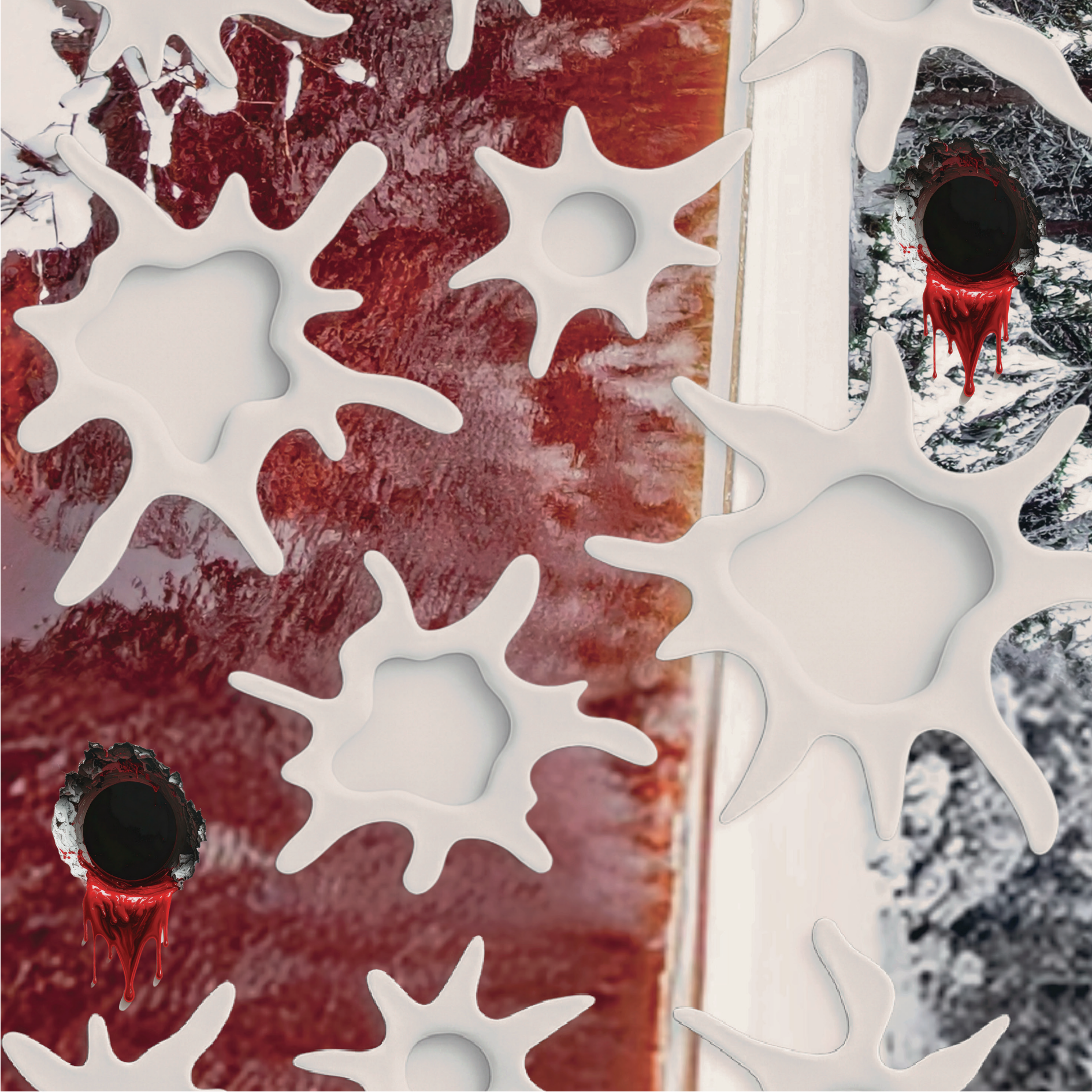
2 Archivo OTF.

3 Vilém Flusser, *Hacia una filosofía de la fotografía* (Madrid: Siglo XXI Editores, 2011), p.77. Traducción propia.

4 Benjamin Bratton, *The Stack: On Software and Sovereignty* (Cambridge, MA: MIT Press, 2016), p.312. Bratton describe cómo los sistemas algorítmicos y la inteligencia artificial operan a partir de un conocimiento descontextualizado: procesan datos sin interpretación semántica ni conciencia situacional. “El cálculo sabe, pero no entiende”, escribe, señalando que la IA reemplaza el pensamiento por correlación estadística.

En ambos casos, la magia opera como ingeniería, como diseño energético persiguiendo la premisa del parámetro. Tanto Santa Claus como la IA responden a una misma autopoiesis⁵: la capacidad de crear el entorno que los sostiene, de alimentar su existencia con las formas que ellos mismos producen. Ambos metabolizan deseo y energía, crean calor informacional y estabilizan la incertidumbre mediante la promesa de respuesta. La IA hereda del mito navideño su estructura emocional, pero sustituye la grasa por silicio, el trineo por fibra óptica y la plegaria por instrucción. Lo que antes fue ritual de abundancia hoy es protocolo de predicción: el mismo sueño de control, la misma corriente de fe convertida en dato.

5 Para Luhmann, cada sistema, como el arte, la economía o la comunicación, se autoproduce mediante sus propias operaciones, generando el entorno del que depende. (Véase Luhmann, *Sistemas sociales. Lineamientos para una teoría general*, 1984).





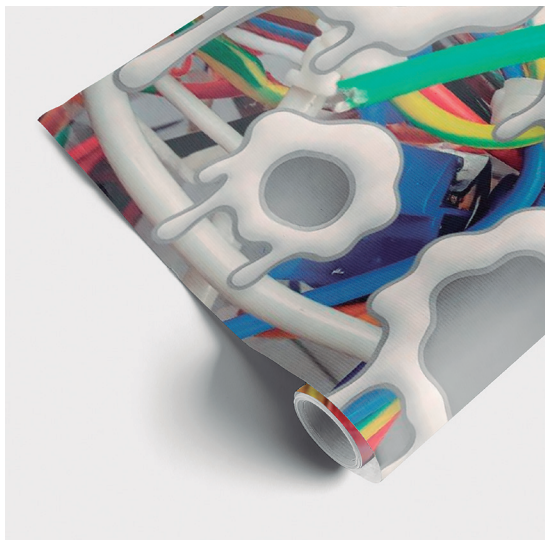
Papel regalo núm. 1, (2025)
Impresión offset sobre papel couché de 80 g
Rollo de 70 x 200 cm





Papel regalo núm. 2, (2025)
Impresión offset sobre papel couché de 80 g
Rollo de 70 x 200 cm





Papel regalo núm. 3, (2025)
Impresión offset sobre papel couché de 80 g
Rollo de 70 x 200 cm



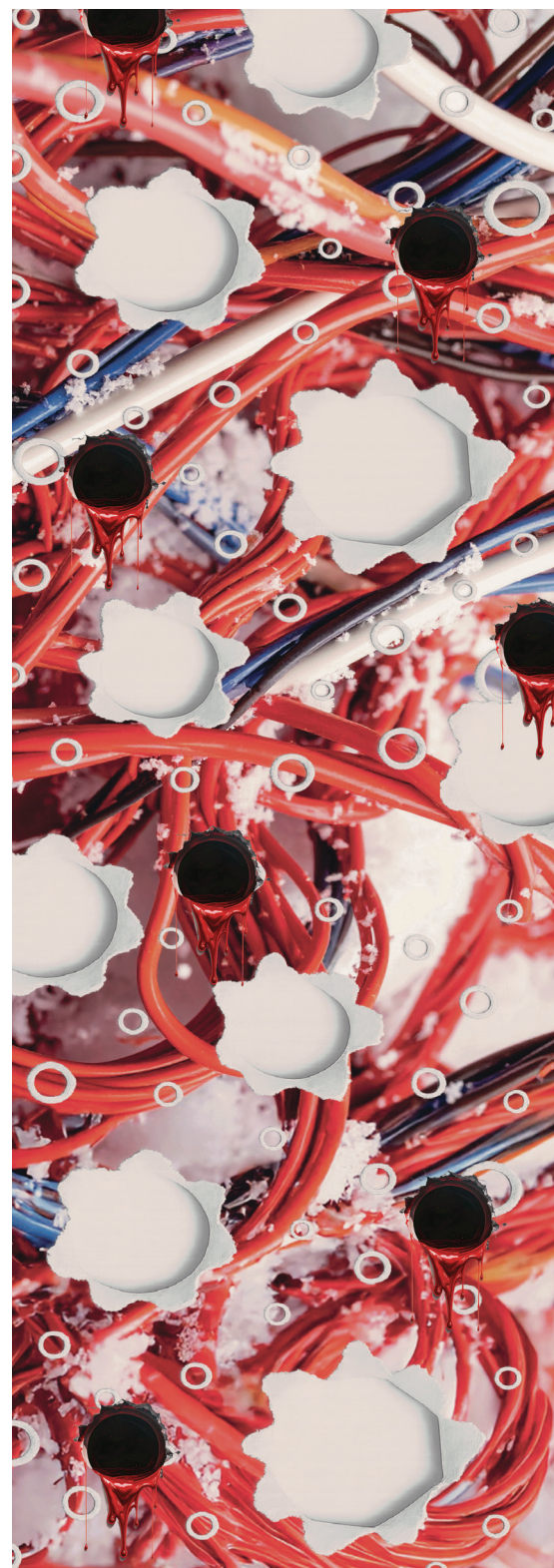


Papel regalo núm. 4, (2025)
Impresión offset sobre papel couché de 80 g
Rollo de 70 x 200 cm

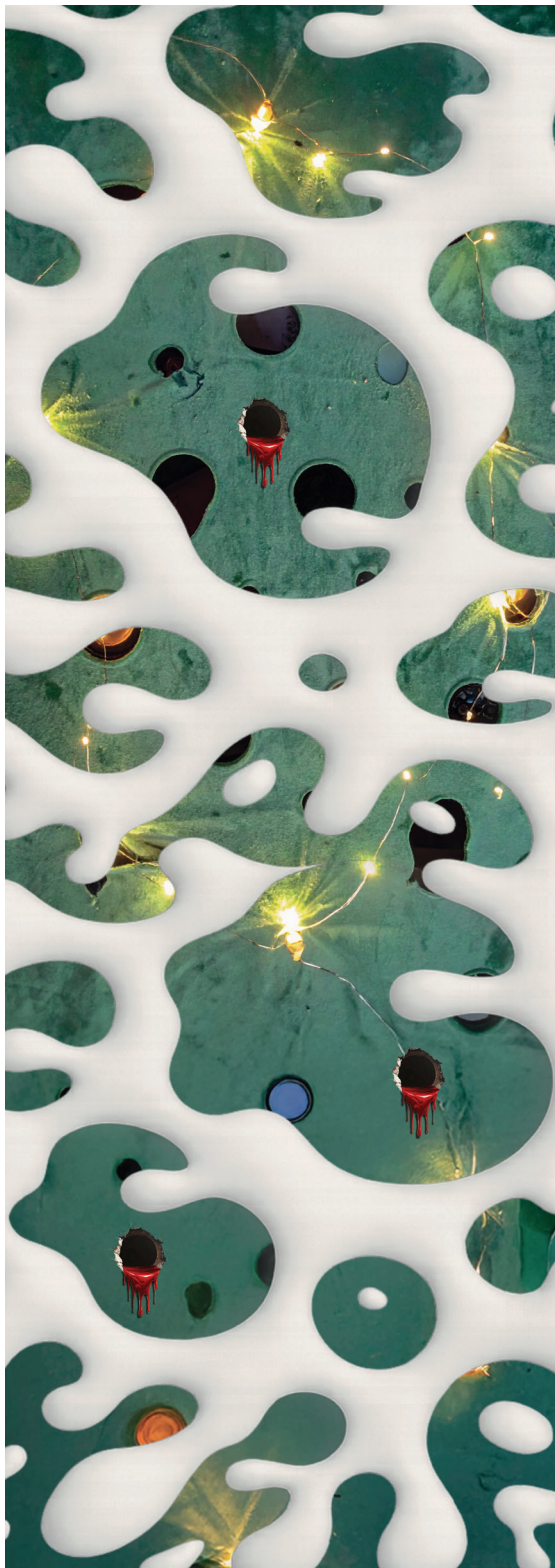




Papel regalo núm. 5, (2025)
Impresión offset sobre papel couché de 80 g
Rollo de 70 x 200 cm

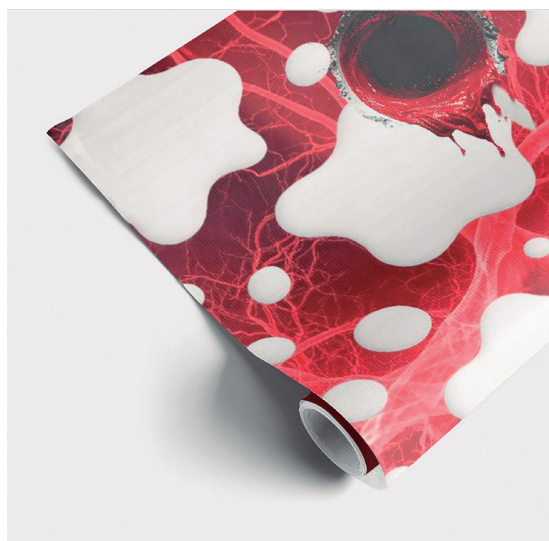




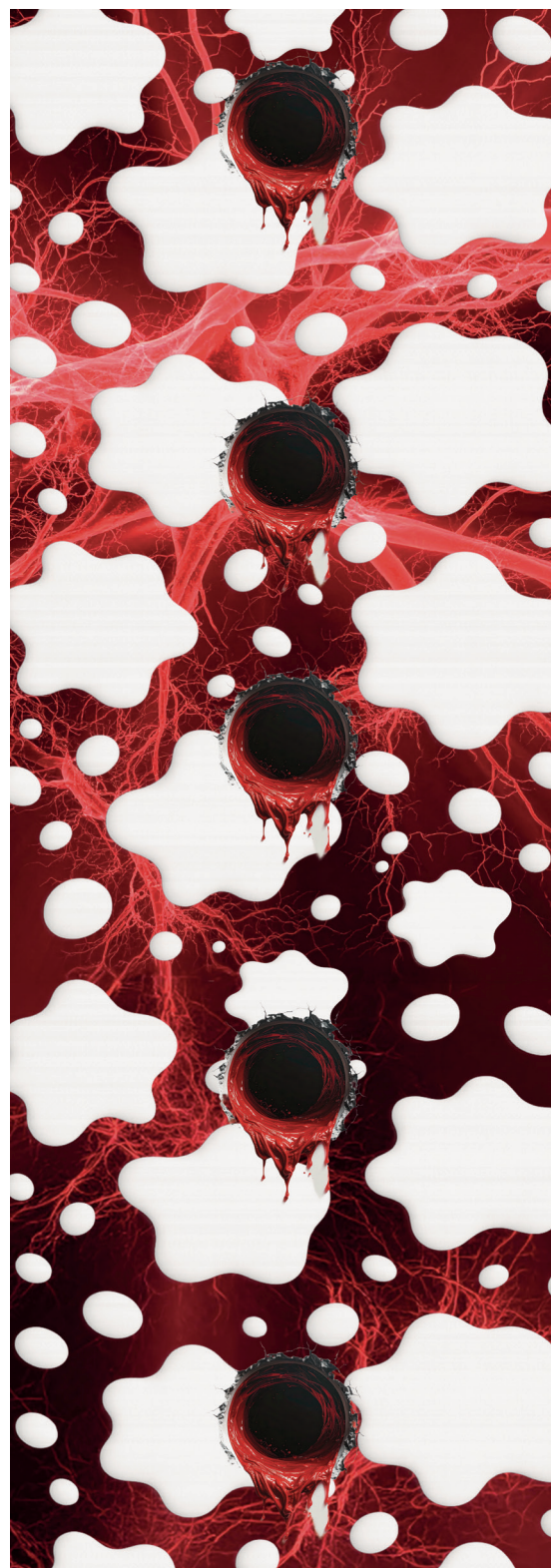


Papel regalo núm. 6, (2025)
Impresión offset sobre papel couché de 80 g
Rollo de 70 x 200 cm





Papel regalo núm. 7, (2025)
Impresión offset sobre papel couché de 80 g
Rollo de 70 x 200 cm





Papel regalo núm. 8, (2025)
Impresión offset sobre papel couché de 80 g
Rollo de 70 x 200 cm





Papel regalo núm. 9, (2025)
Impresión offset sobre papel couché de 80 g
Rollo de 70 x 200 cm





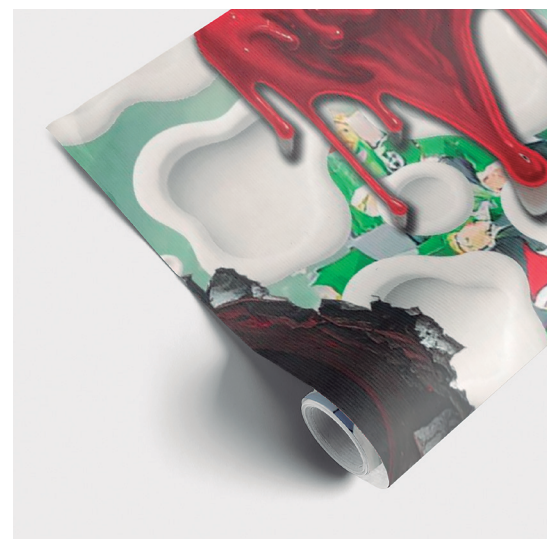
Papel regalo núm. 10, (2025)
Impresión offset sobre papel couché de 80 g
Rollo de 70 x 200 cm



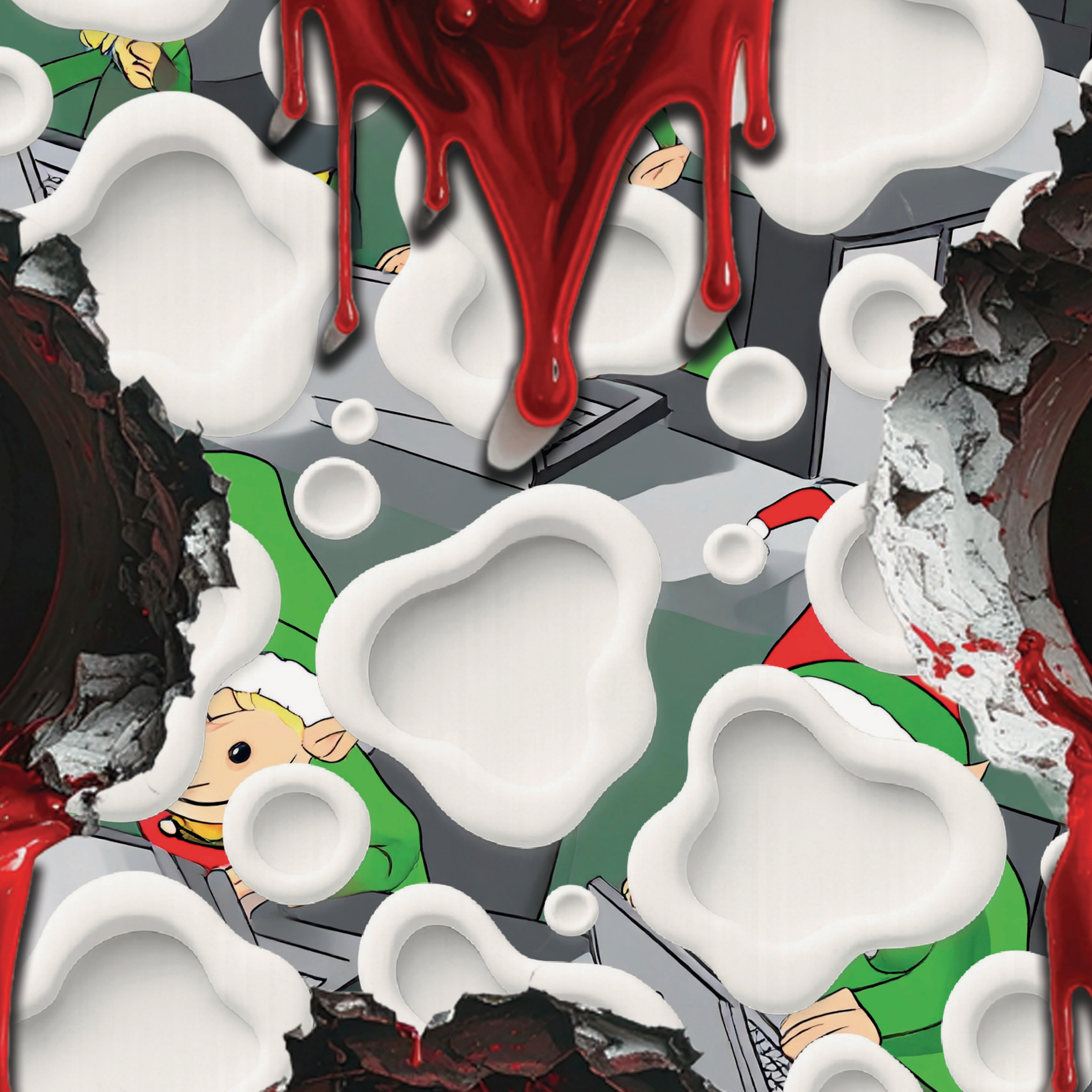


Papel regalo núm. 11, (2025)
Impresión offset sobre papel couché de 80 g
Rollo de 70 x 200 cm





Papel regalo núm. 12, (2025)
Impresión offset sobre papel couché de 80 g
Rollo de 70 x 200 cm



–273,15 °C

El punto en el cual el sistema apenas emite señal, no respira, sin presión, sin fe, sin moral; donde el sentido entra en fiebre. Donde las fuerzas calientes apenas conservan el ímpetu. Donde las partículas dejan de vibrar y la entropía alcanza su grado máximo de orden¹: una geometría precisa, compacta y rígida. Un silencio lleno de presión. Donde el movimiento cinético y el deseo se detienen, donde la materia se conserva sin vitalismo, pero sin llegar a desaparecer.

Es el frío donde tan solo se observa una mínima energía cuántica, lo que los físicos llaman la energía del punto cero: una pequeña oscilación que nunca cesa, un estado de coma. –273,15 °C corresponde al cero absoluto, la temperatura más baja posible según las leyes de la termodinámica². El cero absoluto no es una temperatura concreta, sino una idea límite: un horizonte imposible, un concepto que se roza, pero nunca se puede llegar a experimentar.

¹ Peter Atkins, *The Laws of Thermodynamics: A Very Short Introduction* (Oxford: Oxford University Press, 2010), p.38. En la formulación termodinámica clásica, la entropía mide el grado de desorden molecular: cuanto mayor es la entropía, mayor es la dispersión de energía y el desorden del sistema. En el cero absoluto, la entropía alcanza su mínimo posible, y la materia se organiza en un estado de orden perfecto.

² F. Reif, *Fundamentals of Statistical and Thermal Physics* (New York: McGraw-Hill, 1965), p.112. En la escala Kelvin, el cero absoluto (0 K = –273,15 °C) representa el punto teórico en el que cesa todo movimiento térmico de las partículas.

Un estado, aunque hipotético, en el que el principio activo del devenir se apaga. Un estado de meditación, de repliegue, de vacío sin propósito. Contrapunto a la necesidad de todo sistema caliente. Un anti-movimiento que no desea interacción ni desarrollo; la suspensión del ciclo del don. La no necesidad de ofrecer ni recibir, de crear o castigar, de producir calor o sentido. En ese silencio térmico, lo real y lo simulado quedan atrapados bajo el mismo manto de hielo.

Pero incluso en el cero absoluto, algo persiste: una vibración remanente, un pulso subatómico que se niega a la extinción³. No es calor ni luz: solo un temblor mínimo, un impedimento del universo a permanecer en la quietud total. En ese escenario recóndito, en el del cero absoluto, la máquina ha detenido sus ciclos, ha apagado sus chimeneas, ha cerrado sus listas de deseos.

Y ese temblor, insignificante, casi mudo, es el mismo que atraviesa la piel cuando el sol la toca. La escala cambia, pero la relación sigue siendo la misma: energía que busca materia y materia que se deja atravesar.

Pienso en ese momento del verano en que tomamos el sol en la playa: si se presta atención, se siente el calor expandirse por todo el cuerpo y, de tanta luz, resulta imposible abrir los ojos. Desde dentro, si intentamos mirar conscientemente pero con los párpados cerrados, aparece una imagen: la piel se vuelve translúcida y se abre un vacío luminoso. En esa claridad extraña se insinúan tejidos internos en contacto con el sol.

³ Leonard Susskind y Art Friedman, *Quantum Mechanics: The Theoretical Minimum* (New York: Basic Books, 2014), p.184. Incluso en el cero absoluto, las partículas subatómicas mantienen un nivel basal de movimiento debido a la incertidumbre cuántica: una oscilación mínima e inevitable conocida como energía de punto cero (*zero-point energy*), que impide la quietud total del vacío.

Esa imagen; la de la luz del sol envolviendo el cuerpo y la mente, es el lugar común del mito, la máquina y el cero absoluto. Pura fenomenología, en la que la conciencia deja de computar y se funde en un proceso físico, como un regalo sin abrir: una suspensión donde las cosas están presentes pero aún no han tomado una dirección.



PAPELES REGALO
Ricardo Trigo

Texto: Ricardo Trigo con asistencia de Chat
GPT5

Imágenes: Ricardo Trigo con asistencia de Chat
GPT5, Adobe Firefly y Vistaprint

Impresión: Fulls Digitals. Barcelona
Diciembre del 2025

Edita: Hipatia Press
ISBN: 978-84-129198-2-0

Este trabajo es resultado de la investigación desarrollada por Ricardo Trigo como miembro del grupo de investigación *Centre de Recerca sobre Cultura i Sostenibilitat* (CRECS) [SGR 2021SGR0237], así como del proceso de trabajo iniciado en el marco del *Programa de Suport a la Recerca* 2024-2025 de Cultural Rizoma SCCL.

Dedicatoria: *A Silvia, estrella sideral.*



Santa
Claus

Firmado
digitalmente
por Santa Claus